

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 96 – 5 de febrero de 2016

En este número

1. **Y trilero**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **La tribuna del columnista**, *Juan -Velarde*
3. **Sobre una tierra exhausta**, *Fernando García de Cortázar*
4. **El individualismo es un problema**, *Charles Champetier*
5. **Breve nota sobre símbolos históricos**, *Francisco Caballero Leonarte*
6. **Iberoamérica; la guerra de cada día**, *Carlos Alberto Montaner*
7. **El mendigo del perro**, *Arturo Pérez Reverte*

Y trilero

Emilio Álvarez Frías

Jueguen, señores, aquí tienen la oportunidad de ganar este fajo de billetes. Adivinen dónde está la bolita. Vean, hay una bolita y tres vasos. Acierten en qué vaso está la bolita cuando yo los cambie de posición. Hoy puede ser su día y ganar estos billetes emitidos por el Banco de España, de libre circulación y de menos de 500 € para que los puedan utilizar en cualquier establecimiento, o los puedan ingresar en su cuenta en el Banco sin que le pongan pegas. Gane su dinerito. Solo tiene que adivinar en qué vaso está la bolita, cosa fácil para su inteligencia...

Más o menos así fue el discurso de pre-investidura lanzado por Pedro Sánchez a la prensa el martes día 2, una vez que le fuera comunicado el encargo que el Rey le hacía para formar gobierno. Como si todo fuera normal, se puso a jugar al trile con cara de chico bueno, vestido de ganado lanar, asegurando que sus intenciones no son las del lobo sino las del cordero, salvo las dentelladas que se merece el PP que es del tiempo de la abuelita y ya no merece estar viviendo



estas cosas que son para la gente que trae el progreso, y venga a darle vueltas al disco. De momento parece que se le han olvidado todas las promesas que ha venido haciendo hasta ahora, tales como echar abajo todo el tema económico que ha servido para salir del atolladero en el que estábamos metidos, así como la ley de educación, que no es precisamente una obra de arte. No, ahora a darle vueltas a la bolita cambiando los vasos de lugar, insinuando que los chicos de Podemos no son tan malos aunque resulten unos descarados en sus ruedas de prensa, que él primero tiene que concretar las coincidencias que son más que las desavenencias, los

programas, y luego será el momento de buscar a la gente que ha de llevarlos a cabo, eso sí,

hablando con el PP aunque dejándoles ver que no harán caso de ninguna de las propuestas que pueda hacer, porque, aparte que el PP tiene que reciclarse... y vuelta a lo mismo, son obsoletas las actuaciones económicas que han venido aplicando y él sabe cómo se puede incrementar el trabajo en España, cómo los pensionistas recibirán mejores remuneraciones, cómo ha de subirse el salario mínimo, cómo se ha de mejorar la relación entre los españoles, cómo acabará con la corrupción (eso sí, sin mencionar la de su partido en Andalucía y otros lugares), cómo conseguirá que llueva los días más aconsejables para no molestar a los turistas que nos visitan (¿o esto no lo dijo?), como dialogará con los separatistas que tienen sus razones aunque no saben presentarlas, cómo sugerirá a los inútiles de la Unión Europea la forma de arreglar Europa, como se soluciona la avalancha de inmigración incontrolada, lo que hay que decir a los jihadistas para que sean buenos, la forma de arreglar la NATO, y muchas cosas sobre las que él tiene las ideas muy claras... Del arreglo de la justicia, de la ley electoral, de pedir perdón por las barbaridades cometidas por su partido antes de y en la guerra civil, de la destrucción de tanto patrimonio nacional como se perdió en las revueltas de 1936, de las sandeces de su predecesor, y de muchas más cosas, de eso no habla el muchacho.

Se oye por ahí que su primera preocupación es llegar a acuerdos de todo tipo con Podemos y luego coger desprevenidos a Ciudadanos para liarles con el juego del trile y con ello conseguir la mayoría necesaria para gobernar y hacer lo que le salga de las meninges. Y de la promesa que ha hecho de hablar con el PP, aunque no se lo merece porque son unos carcas del carajo, será suficiente una llamada por teléfono: Oye, Mariano, esto ya lo tenemos cocinado, si te quieres apuntar en la cola, ya sabes dónde estamos.

Menos mal que no se ha metido con mis botijos como en la última cita que tuvimos, y ha preferido los vasos y la bolita para sus enjuagues. Por ello, después de quitarles un poco el polvo que se les va acumulando con tanto trajín a su alrededor, he cogido un botijo de cerámica turolense que representa el torico de la plaza a la que da nombre en la ciudad aragonesa, y he ido a dar un paseo por el madrileño Parque del Oeste, sumamente tranquilo en un día cualquiera de entresemana, a disfrutar del sol invernal. Mientras, ellos, estarán tratando de engañarse unos a otros.

La tribuna del columnista

Juan Velarde

Dice el refrán que por San Blas las cigüeñas verás... y por fin un candidato a La Moncloa habrá. Al menos así se lo ha servido en bandeja Felipe VI a un Pedro Sánchez que se había hartado por activa y por pasiva (como a él tanto le gusta decir) de postularse como único capaz de poder ser presidente.

Otra cosa es que ahora pueda serlo porque ahora, tal y como detallan este 3 de febrero de 2016 los columnistas de la prensa de papel, resulta que aún tiene todo por hacer, que aún no cuenta con los apoyos y que, al menos, precisará de un mes de tiempo para presentarse a la investidura.

Comenzamos en *El Mundo* y lo hacemos con Federico Jiménez Losantos quien retrata a Sánchez y alaba, por contra, la decisión de Felipe VI de que esta situación no estuviese permanentemente bloqueada:

Creo el Rey ha actuado correctamente al encargar la formación de Gobierno al único candidato que, en estas dos rondas de conversaciones con los líderes políticos, se lo ha pedido y ha dicho que podía conseguirlo. No creo que a Felipe VI, español alfabetizado, le haga gracia la posibilidad de un Gobierno de Frente Popular Separatista, cuya única tarea de verdad sería la demolición del régimen constitucional que el Rey juró defender y del Estado Nacional recreado por los Reyes Católicos, sus antepasados. Pero como Rey constitucional no podía prestarse a las marrullerías de Rajoy, que, por lo visto, pensaba que el Rey debía guardarle la silla mientras él sesteaba en Sevilla.

Dice que:

Rajoy se negó a intentar la investidura como presidente del Gobierno tras proclamar durante un mes su derecho a intentarlo. No ha conseguido más apoyos para ser presidente que los que tenía y los que tendrá: ninguno. Tampoco lo ha intentado. Para ir a nuevas elecciones, ya ha hecho todo lo que estaba en su mano, incluida la demolición de su partido. Si Sánchez, como espero, es incapaz de formar una mayoría estable de Gobierno o vicepreside bajo Iglesias un sovieta separatista frente al PP y Ciudadanos, Rajoy podrá ser de nuevo candidato, única tarea a la que se ha dedicado este mes y medio: embarrar el campo y esperar que el árbitro le ayudara. Pero la tarea del Rey o árbitro constitucional es la de aplicar la Ley y eso le prohíbe ayudar al jugador tramposo que se tira en el área -debe sacarle tarjeta amarilla- y le obliga a hacer que se cumpla el tiempo reglamentado. Una vez cumplido, debe pitar el fin de la primera parte, del partido o de la prórroga. Y a los penaltis.

Y sentencia:

Pero así como creo que el Rey ha hecho bien, Sánchez no lo pudo hacer peor. En un discurso de investidura ante la prensa -tiene más apoyos que el Parlamento- exhibió un sectarismo patológico y una pavorosa incompetencia intelectual. Repitió siete veces lo mismo y todo errado o por herrar: cambiará la Constitución, a saber cómo; defenderá España con y no de sus enemigos; respetará a la derecha a la que injuria, y así sucesivamente. Si Machado clavó a Rajoy en «ese hombre del casino provinciano» que «no es de ayer ni es de mañana», retrató a Pedro Sánchez como «un sayón con hechuras de bolero». Pero ese bolero había que bailar. Cuanto antes, mejor.

Victoria Prego es de las periodistas que coincide con la opinión generalizada de que el 2 de febrero de 2016 Pedro Sánchez, el líder socialista se dedicó a dar todo un discurso de investidura delante de los medios:

Hemos despejado una incógnita de todas las que tenemos planteadas en medio de esta niebla espesa en la que nos estamos moviendo: ya hay un político que se dispone a negociar para sumar apoyos y ser investido presidente del Gobierno. Algo es algo.

Pero el resto de las incógnitas siguen ahí, clavadas en el paisaje, como las señales de peligro en un sendero de montaña, señales que dicen que nada está resuelto y que tampoco hay visos de que se vaya a resolver. Pedro Sánchez nos hizo ayer un auténtico discurso de investidura, con la particularidad de que todavía no tocaba.

Pero en ese discurso se pudo entrever la estrategia que piensa desarrollar en este tiempo de negociaciones. Va a buscar con todas las fuerzas políticas posibles -que en realidad no son nada más que dos o tres, porque a los independentistas dijo ayer que los descartaba de plano- sólo los puntos de encuentro, puntos que enumeró y a los que, evidentemente, nadie se opondría tan rotundamente que hiciera imposible una negociación. Y sobre esas bases de acuerdos básicos piensa avanzar en las conversaciones hasta lograr el apoyo a su candidatura.



Aclara que:

Pero ese es un andamiaje extraordinariamente débil que no podrá superar la mínima prueba de credibilidad. Porque un acuerdo, por ejemplo, con Podemos, que eludiera la cuestión fundamental de la unidad de España y la renuncia expresa de los de Pablo Iglesias a su reivindicación de un referéndum de autodeterminación en Cataluña-y en Galicia, según exigen los de En Marea- sería visto como una treta destinada a ocultar los obstáculos detrás de una cortina de humo. Y un acuerdo con C's que incluyera su aceptación del apoyo de Podemos sin haber dejado claro ese punto es algo sencillamente inverosímil.

De manera que seguimos sin saber con quién piensa realmente Sánchez contar para sumar los apoyos necesarios para su investidura y, lo que es mucho más importante, para poder gobernar. Esa sigue siendo una incógnita que ayer no quiso, o más bien no pudo despejar el líder socialista, porque ni él mismo sabe lo que le va a deparar el destino.

Y concluye que:

Pero es que Sánchez hizo ayer algo más, que no correspondía de ninguna manera ni al momento ni al papel que le tocaba desempeñar en esas circunstancias: empezó su intervención lanzando un ataque feroz al PP y a Mariano Rajoy, como si estuviera todavía en la bancada de la oposición del Congreso. Esa arrancada no puede ser fruto únicamente de su irritación personal contra el todavía presidente del Gobierno, tiene necesariamente que ser el resultado de un cálculo. Y ese cálculo no puede ser más que el de intentar desde ahora mismo acorralar al PP contra el rincón para que, llegado el momento, se evidencie que es ese partido el único y exclusivo responsable de que su promesa de reformar la Constitución para acomodarla a las exigencias de los independentistas más moderados sea imposible de acometer. De otro modo, una agresión así al adversario por parte de un señor que acaba de recibir el encargo del Rey de formar Gobierno sólo hablaría del mínimo nivel político del candidato. De modo que, en espera de comprobaciones ulteriores, mejor quedarnos con la interpretación primera. Y, hecha esta concesión, sentarnos a observar sus evoluciones en pista.

Santiago González también se sorprende de que el muy locuaz de Pedro Sánchez pida ahora un mes para hacer el trabajo que, según él, ya tenía hecho o, cuando menos, apalabrado:

En esta vida no siempre se puede tener todo. El candidato Sánchez salió de la entrevista con el Rey anunciando su predisposición a dar un paso al frente si Rajoy renunciaba a lo que era su obligación: afrontar una investidura imposible, alfombrando la de su adversario con los restos del enemigo esparcidos por el Hemiciclo. Y Felipe VI le hizo el encargo. Era una de las opciones razonables. Aunque no tenga una mayoría a su favor tiene más posibilidades que Rajoy, que la tiene en contra desde el arranque.

Mariano Rajoy ya había dicho que en esta ocasión el Rey no le ha encargado afrontar la investidura e insistió en la propuesta que viene haciendo desde las elecciones: el Gobierno que necesita España es el del PP, el PSOE y Ciudadanos, no el de Sánchez apoyado por Podemos y los independentistas.

Apunta que:

Naturalmente, el alma tertuliana de Pablo Iglesias se apuntó a hacer un resumen crítico de las intervenciones de los líderes del PP y el PSOE. Había tenido su momento de gloria la víspera, al contar lo que piensa el Rey sobre el momento presente. El hecho de que este tipo sea un mentiroso compulsivo no quita para que Felipe VI pueda pensar lo que apuntó Iglesias. Yo en su lugar lo pensaría: que los políticos deberían trabajarse más los acuerdos y acudir a la llamada del Rey con la tarea hecha. Dijo ayer el presidente del Congreso que la cosa llevará un tiempo, porque el propuesto «inicia ahora» las negociaciones. Lleva un mes y medio pregonándose, ¿y va a empezar ahora? Esto como el rascar, todo es empezar. Naturalmente, después de que López recibiera el encargo real, convocó su rueda de prensa, la segunda del día. Y Albert Rivera, la suya, como era de esperar.



Y recuerda que:

Se cuenta que Napoleón encarecía a sus soldados la víspera de los combates diciéndoles: «Mañana os quiero a todos a primera hora armados, afeitados y masturbados». No estaría mal que los dirigentes políticos acudiesen a las rondas de consultas del Monarca ya con la tarea hecha, en lugar de entregarse a prácticas ipsatorias en las ruedas de prensa posteriores, como hace Pablo Iglesias con extraordinario virtuosismo. Él, que hizo una apología cerrada de la guillotina, lamentando que en España no se le hubiera cortado la cabeza a un rey, debería tener en cuenta a Napoleón. Diez años después de que la máquina fetiche de Pablo Iglesias descabezara a Danton, Saint-Just, Desmoulin, Hébert y Robespierre, la Revolución se come siempre a sus hijos, Francia coronaba al corso bajito como emperador en Notre Dame.

Antonio Burgos, en ABC, con su siempre fina pluma, da una excelente solución para que de una vez por todas salga un Gobierno en España y se dejen de tanto charloteo:

No sé si es una verdad o una leyenda urbana. Es decir, un embuste de grande como el Edificio España que los chinos iban a comprar, pero que se han echado para atrás cuando han mirado los muros de la patria mía y visto la carmenada nuestra de cada día, dánosle hoy, de la alcaldesa de Madrid. Es más: no sé si es una leyenda urbana vaticana. En cuyo caso puede tratarse de un embuste «urbi et orbi»: mayor que el globo terráqueo. Y en caso de que no fuese ni leyenda urbana ni embuste, como tratase de vaticana materia, quizá fuese una de tantas tradiciones de la Santa Madre Iglesia (muchas de ellas, como el uso litúrgico del latín, patrimonio cultural de la Humanidad) con las que acabó la indigestión de Concilio que cogieron muchos tras el Vaticano II.

A lo que quiero referirme con tanto rodeo, vamos al turrón, es a lo que se contaba de los consistorios cardenalicios para la elección de Papa. Que cuando los purpurados mareaban mucho a la perdiz, no terminaban de ponerse de acuerdo, ninguno sacaba los votos de rigor y acababan con toda la leña al fuego necesaria para que saliera humo negro por el teletipo de la chimenea pontificia, el camarlengo los rebajaba de rancho a todos, castigados sin postre y sin comida alguna, y los ponía a pan y agua hasta que sacaran por mayoría a un nuevo sucesor de Pedro. (¿A que la lista de papas suena a negocio antiguo, galdosiano o barojiano: «Sucesores de Pedro, Sociedad en Comandita»?).

Señala que:

Esa es la fórmula que deberíamos aplicar para la investidura del presidente del Gobierno. Coger a todas sus señorías los diputados del Congreso, clausurar la cafetería donde Iglesias desayuna poco más o menos por lo que decía ZP que costaba un café en la calle, y tenerlos a todos allí encerrados, a pan y agua, hasta que elijan a un presidente del Gobierno como Dios manda, con la Constitución en la mano como persona de diplomacia. Vería usted cómo íbamos a dejar tranquilito a Su Majestad, que lo tenemos al hombre echando horas extras, mañana, tarde, noche y madrugada aguantando el rollazo que le quieran contar los que con tal de echar a Rajoy son capaces de matar a su padre y con tal de salir elegidos presidentes del Gobierno son capaces de matar a su Madre España: que ya la tienen malusconcilla en Cataluña y quieren aplicarle a la pobre la eutanasia en forma de referéndum de autodeterminación. ¡Ni que esa parte de la Corona de Aragón fuera el Sahara Occidental, joé, con tanta autodeterminación!

Majestad: tenga al pleno del Congreso encerrado en el «hemicirco» de la Carrera de San Jerónimo sin comer, nada más que a pan y agua, y verá qué pronto tenemos presidente del Gobierno investido, Señor, hartos de que se pongan unos a otros vestidos de limpio y haciendo en los escaños el juego de la gata parida para echarse mutuamente del poder.



Y remata:

Ah, y si no se aplica mi Operación Consistorio Cardenalicio y seguimos como estamos, y hay que convocar nuevas elecciones, que sus señorías los diputados vayan devolviendo todo lo que han recibido de gañote en el Congreso, ¿eh? Que como los hermanos menores heredan la ropa de los mayores y antes la Enciclopedia Álvarez pasaba de unos a otros, que los que habrán estado apenas unos meses de diputados vayan entregando todas las mamelas y mamandurrias en especie que ya han trincado, para entregárselas a los nuevos. A saber: la cartera como ministerial de Pseudo Loewe que da el pego, que parece buena y no de polipiel; el teléfono móvil; la tableta; el ordenador portátil; el acceso a internet con correo electrónico gratis; el vale de taxis y el carné para viajar de gañote en avión en tren. Después de que no se han puesto de acuerdo para investir presidente, ¿se van a llevar ese gran mangazo a su casa por su bella cara? Nada, a devolverlo: ¡que es de Huelva! Y póngase en práctica urgentemente lo cardenalicio de ponerlos a pan y agua, verán ustedes lo pronto que tenemos fumata blanca de presidente.

Ignacio Camacho considera que quien más y quien menos de los dirigentes políticos han adoptado tácticas de tahúr en esto de ver quién era capaz de poder ser investido:

No hay nada tan parecido a la vieja política como la nueva política. Los partidos emergentes –en realidad ya emergidos– llaman nueva a una política que lleva décadas funcionando en otras latitudes, de forma muy significada en Italia: un juego de intrigas palaciegas, de mercado negro maquillado con posmodernas simulaciones en streaming para darle una pátina formal de transparencia. Una política de logia y amago que utiliza la voluntad de los ciudadanos como plastilina para moldear los engañosos equilibrios de poder de la partitocracia.

Todo este culebrón de la investidura, los vetos mutuos, el rigodón de pasos adelante y atrás –pasa tú primero, ahora declino, ahora me ofrezco–, no representa más que un conjunto de ardidés tácticos y movimientos de esgrima destinados a bloquear al adversario o a ganar –más bien a perder– tiempo para que la cuenta atrás precipite por su propia inercia el desenlace. Con todos sus riesgos, nada es lo que parece. El resultado electoral ha desconcertado a los partidos porque ni siquiera los nuevos estaban preparados para desenvolverse en escenarios de incertidumbre que exigen saltar sobre prejuicios ideológicos y muros sectarios. Las urnas han centrifugado los bloques binarios hasta el punto de que Pedro Sánchez, tan entusiasmado con su flamante encargo que anoche improvisó un minidiscursito de investidura, está obligado a negociar su estrategia frentista en primer término con su propio partido.

Recalca que:

La conclusión, provisional, es que la quiebra del bipartidismo no ha alumbrado todavía un panorama mejor. El futuro gobierno, si lo hay, será más débil e inestable que los anteriores y en todo caso producto de una amalgama poco cohesionada. Por eso algunos sistemas contemplan la doble vuelta u otorgan primas de escaños a la fuerza más votada; el español no es ni de lejos el régimen electoral más mayoritario. De hecho las mayorías unívocas se han desplomado en cuanto los ciudadanos han dispersado su voto. Eran ellos, no la ley, los que favorecían la estabilidad; la desconfianza provocada por la corrupción y la crisis ha sembrado confusión sociológica y esta es la consecuencia: una política ladina, de endogámicas alianzas de despacho. Una interpretación del veredicto popular sesgada por la ambición de poder. La de antes, la de siempre.

Y finaliza asegurado que:

En esta timba de tahúres todos los jugadores guardan un comodín en la manga, que es el regreso a las urnas. Tal vez este tiempo de posturos y tentativas responda sólo a la búsqueda de argumentos exculpatorios para llegar a esa salida, teniendo en cuenta que en política la exculpación pasa siempre por endosar la responsabilidad a otro. Sin esa carta marcada, que puede convertir estos tanteos en minutos de la basura, en prólogo de una eventual campaña, las negociaciones serían más intensas y más sinceras. Como lo fueron, guste o no, tras las municipales. Por una sola razón: en los ayuntamientos no se pueden repetir las elecciones.

Tomado de *Periodista Digital*

Sobre una tierra exhausta

Fernando García de Cortázar

Catedrático de Historia Contemporánea (Universidad de Deusto)

Para los vencedores, de 1939, fue abril el mes de la primavera prometida en un himno de guerra que anunciaba la paz. Abril fue el mes más cruel para quienes recluyeron el cuerpo y el alma en la derrota. Había en el aire de España, para los vencidos, el sabor de una tierra extenuada, el resuello de una nación abierta y de bruces sobre su propio suelo, sobre sus propios sueños. Pero bajo ese mismo cielo de España, para los victoriosos, levantaba el vuelo una muerte gloriosa, una muerte esperanzada, caudalosamente vertida hacia la vida nueva, derramada en mareas de resurrección. «Sobre las aguas tristes que enlutaron la espuma de sus olas en flor, vendrán todos los muertos al corazón del hombre», escribió Luis Rosales en su espléndido «La voz de los muertos», recogido en el segundo número de *Jerarquía*. Una elegante

publicación donde se dibujaba ese concepto de eternidad del ser de España que encarnaba para los falangistas la vigencia espiritual del Imperio. «Para el Dios y el César», proclamaba una de sus páginas iniciales. Y, antes de esa invocación, resonaba en una página apergaminada el perpetuo soneto de Hernando de Acuña: «Ya se acerca, Señor, o ya es llegada...».

En la conciencia de los combatientes falangistas, carlistas, alfonsinos, populistas católicos o de cualquier procedencia fusionada en el partido único, la guerra había proclamado desde el principio, y tensó en su agonía final, el ánimo de una penitencia y el fervor de un acto de salvación. «*Adveniat regnum tuum*», proclamó en su portada el diario integrista *El Siglo Futuro*, poco antes de la sublevación de julio. Los falangistas construyeron el estilo moderno de esta interpretación de la contienda y la victoria. Si José Antonio había proclamado que Falange no era un partido político, sino una forma de ser, quienes le sobrevivieron en la lucha y en el triunfo inculcaron a sus palabras esa misma voluntad de reconstruir España como apariencia, como visibilidad, como escenario.

Los sectores tradicionalistas insistieron en la necesidad de un baño de sangre que permitiera el perdón de aquella nación extraviada en los pecados de la modernidad. Que la sangre fuera la propia, en tantos casos, excluye de la interpretación todo rastro de cinismo. Los mártires de la tradición, enlazados en la memoria del pueblo carlista con las víctimas de tres guerras civiles, adquirirían en la liturgia falangista el rango de los caídos por Dios y por la patria. Rafael Sánchez Mazas había escrito, a petición del Jefe Nacional, un texto dedicado a los jóvenes militantes que habían empezado a ser abatidos en las calles españolas a comienzos de 1934. Algunos comentaristas conservadores habían reprochado a José Antonio sus escrúpulos ante la violencia. El sarcasmo golpeó muy hondo en el corazón del fundador de Falange, para el que la vida de un cristiano no podía tener los criterios morales de una fanfarronada, y para el que la vida de un patriota no podía medir sus actos con la perspectiva espantosa del fratricidio.

Mucho molestaría a algunos presuntos católicos de mesa camilla y corazón a oscuras el espíritu con el que se redactó aquel mensaje al que Sánchez Mazas puso el título, el tono y el ritmo de una oración: «Víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor. Ni ellos ni nosotros hemos conseguido jamás entristecernos de rencor ni odiar al enemigo». Con



fiereza, las palabras rechazaban a quienes pedían matar de espaldas y en actos de venganza. Con desprecio, se repudiaba una conducta que lesionara con la inmoralidad de sus actos la causa suprema de España. «Aparta, así, Señor, de nosotros, todo lo que otros quisieran que hiciésemos y lo que se ha solido hacer en nombre de vencedor impotente de clase, de partido o de secta».

¿Había guardado el bando vencedor, desde el 18 de julio, ese estilo que no debía ser mera retórica, esa forma que no había de ser gesto vacío? De haber sido así, la primavera habría llegado con sus anchas brisas de regeneración. De haber sido así, la victoria no habría sido más que la redención, la piedad, el perdón y el reencuentro. Para quienes atravesaron la realidad tenebrosa de la matanza, en esas palabras fundacionales podía encontrarse aún algo limpio, el último refugio de un sueño del que no se deseaba abdicar. Para quienes empuñaron aquella idea honesta de recuperación del destino de España, la muerte era un acto de servicio, no el castigo que inflige un Dios silencioso al pueblo que ha dejado de rendirle obediencia. ¿Se poblaba aquella primavera con tanta exigencia y generosidad? ¿O la victoria se empapó de la apetencia de sangre, de rencor impotente, de odio sin escrúpulos? ¿Llegó la primavera como estación total, unitaria y generosa? ¿Fue verdadera resurrección redimida, y no mera supervivencia de los más fuertes, sobre la vejatoria cautividad de los vencidos?

España, en abril de 1939. Si todo el impulso de liberación, de inteligencia cívica, de afán de justicia y de deseo de cumplimiento de un destino histórico que arrancaba de la crisis de 1898 se hubiera esparcido como severa y exigente conciencia nacional, ni siquiera habría sido necesario aquel inmenso sacrificio de toda una generación. Pero, realizado aquel acto supremo, cumplida aquella pasión, España no brotaba entera e inocente, sino tras haber sido sometida a un ejercicio brutal de selección. De los mejores vencedores y de los mejores vencidos habría de surgir, sin embargo, un nuevo comienzo. Un nuevo principio en el que lo más limpio de todos se destilaría en la meditación sobre la tragedia, en la solemne evocación de los ausentes, de los asesinados, de los desterrados, de los humillados hasta la raíz de toda nuestra dignidad como nación. Sobre la patria en ruinas, sobre la tierra exhausta, a uno y otro lado de aquel mes de abril, se empezó a pronunciar otra vez el nombre puro, libre, esperanzado y heroico de España.

Tomado de *ABC*

El individualismo es el problema

Charles Champetier

Esa amenaza permanentemente esgrimida de una «fragmentación» de la sociedad en comunidades hostiles es deliberadamente ciega ante la realidad: nuestra realidad es la desvertebración de una nación que no padece de un exceso de cultura(s) o de identidad(es), sino, por el contrario, de un exceso de individualismo. Como señala Joél Roman, «la sociedad [...] es hoy menos que nunca presa de las tradiciones, del peso de las culturas heredadas bajo la influencia de las religiones. Es, por el contrario, una sociedad rota, desvertebrada, profundamente erosionada por las fuerzas centrífugas del individualismo [...] Si modernidad significa consagración del individuo y de su capacidad para autodeterminarse en total autonomía, afirmación de los derechos del hombre y percepción de la común humanidad de todos, referencia a lo universal y no a tradiciones singulares, entonces todos estamos metidos dentro de esta modernidad, y el problema es justamente la huella que nos ha dejado: la visión de un individuo desligado, en estado de ingravidez, la afirmación de derechos abstractos y el relativismo engendrado por lo universal son efectos de la modernidad, una manifestación de sus contradicciones internas».

«El McWorld y la Yihad se necesitan mutuamente», subrayaba por su parte Benjamin Barber con una fórmula sin duda simplificadora, pero no carente de razón. Lo «beligero», lo que provoca



conflictos, no es el deseo de reconocimiento, sino la permanente insatisfacción de ese deseo. Las manifestaciones realmente intolerantes y muy minoritarias del tribalismo – skinheads, grupúsculos terroristas, sectas, etc.– no son consecuencia del multiculturalismo, sino el reflejo patológico de una sociedad vacía de sentido que no deja más solución que semejante deriva a unos individuos quebrados. En Occidente, la forma hoy

dominante de desorden y violencia no es, ciertamente, el «choque de culturas», sino la «guerra de todos contra todos», legitimada por el régimen liberal de la competencia generalizada.

Por otro lado, nunca hay que perder de vista que en la política del reconocimiento actúan siempre entre una mayoría y unas minorías, y que, evidentemente, tal política no consiste en sacrificar la primera a las segundas. Levantar acta de una diferencia no significa ni consagrar una igualdad, ni santificar una desigualdad. En otras palabras, la tolerancia respecto a los usos y

costumbres minoritarios no significa que éstos deban imponerse a la mayoría. Así, se puede admitir la homosexualidad como modo de vida de una minoría sin privarse de recordar que la heterosexualidad sigue siendo la norma de toda especie viviente, humanos incluidos, y que, dado que la condición de existencia de una sociedad es su reproducción, ésta deber ser estimulada por encima de cualquier otra consideración. Aceptar el uso del velo, de la kippa o de la cruz en las escuelas no significa obligar a hacer lo mismo a quienes no comparten las prescripciones de las religiones abrahámicas. Del mismo modo, enseñar en la escuela la lengua regional (bretón, vasco, alsaciano, occitano, etc.) o la lengua materna de los inmigrantes no debe impedir que la lengua oficial del Estado siga siendo la principal lengua común.

La concepción neorrepblicana de la laicidad como negación radical de toda afirmación cultural o religiosa en la esfera pública podría, así, dejar paso a una concepción pluralista de esta misma laicidad, pluralismo que consistiría en aceptar todas las diferencias, en la medida en que éstas no pretendan monopolizar el espacio público.

La coexistencia de las comunidades supone, por último, que cada una de ellas acepte las normas colectivas supracomunitarias que definen la posibilidad de vivir en conjunto, que se acepte, cuando menos, como bien común el propio mantenimiento de la diversidad constitutiva de la sociedad y, en el caso de Europa, un cierto número de libertades fundamentales que definen nuestro derecho de gentes (*ius gentium*) desde la Antigüedad.

En el fondo, el principal reproche que se podría dirigir a los neorrepblicanos es su incapacidad para repensar esa «república» de la que, sin embargo, se proclaman ardientes defensores. Los «neorrepblicanos» se atienen, en efecto, a la distinción básica de la filosofía política liberal entre una esfera pública «neutra» y una esfera privada «tolerante», donde cualquiera podría desarrollar libremente sus valores y sus creencias. Los derechos fundamentales serían una garantía suficiente para el pluralismo, pues dejan tanto a los individuos como a los grupos la opción de vivir según su específica visión del bien. Ahora bien, esto es lo mismo que nada. Por ejemplo, la libertad de expresión no garantiza por sí sola el uso de una lengua en la que una minoría desea expresar, precisamente, su libertad. La igualdad ante la ley no significa gran cosa si esa ley descarta costumbres o usos avalados por la doble legitimidad de una larga historia y de una fuerte demanda social.

En cuanto a la distinción público-privado, cada vez se tiene menos en pie, y algunos tienen al menos el mérito de reconocerlo francamente. Dominique Schnapper así lo señala: «Los valores del terreno privado [...] no pueden a largo plazo ser contradictorios con los valores que



fundamentan las prácticas de la vida pública, so riesgo de que la contradicción termine poniendo en duda el propio proyecto nacional». Si decidimos favorecer sistemáticamente la abolición de todo aquello que hace a los individuos diferentes sustancialmente (y no políticamente), nuestras decisiones públicas terminarán afectando necesariamente a la esfera privada, y, de manera general, a la posibilidad de expresar una cultura diferente. Y hay que estar ciego o tener pocas luces para no

comprender que el agotamiento de la República se debe principalmente a su obstinada incapacidad para expresar el bien común general (*res publica*) de otra forma que no sea la vigilante refutación de los bienes comunes particulares. Inversamente, el reconocimiento de los bienes comunes particulares y la invención de una regla para su coexistencia traerían una formidable corriente de aire fresco a unas instituciones cuyo mortal estancamiento no es un secreto para nadie.

Más allá del multiculturalismo, el principio de diversidad debería liderar la renovación de lo político en Europa. Hoy es necesario repensar al hombre como centro de un complejo tejido de vinculaciones, de pertenencias, de participaciones y de afiliaciones, todas las cuales pueden ser ocasionalmente contradictorias (así como lo son determinadas obligaciones de una sociedad individualista-estatalista), pero que no hacen más que reproducir la complejidad y la diversidad de toda vida social. Simone Weil, cuando hablaba del mundo feudal, señalaba que «la fidelidad estaba dirigida hacia el señor, o a la ciudad, o a los dos, y por encima de eso a unos entornos territoriales que no eran muy precisos. El sentimiento que nosotros llamamos patriotismo realmente existía, y en un grado a veces intenso, pero su objeto no estaba territorialmente definido». En cierto sentido, nuestra posmodernidad se asemeja a una nueva era feudal: las fronteras son indecisas, lo público y lo privado se entremezclan, el individuo se encuentra conectado al mismo tiempo a corrientes mundiales y a redes locales, la fidelidad a la cultura y el compromiso asociativo se superponen a la vida privada y a la participación ciudadana, las naciones quedan intercaladas entre comunidades y civilizaciones emergentes. La primera Guerra de los Treinta Años condujo a los tratados de Westfalia (1648), que marcarían la perdurable victoria del modelo estatal-nacional en Europa. Tras la segunda guerra de los Treinta Años (1914-1945), la Ciudad y el Imperio se toman la revancha.

Como resume Michael Sandel, «el retorno a la autonomía no se hará mediante la relocalización de la soberanía, sino mediante su dispersión. La alternativa más prometedora al Estado soberano no es la comunidad mundial basada en la solidaridad del género humano, sino una multiplicidad de comunidades y de cuerpos políticos –algunos más grandes, otros más pequeños que las naciones– entre los que la soberanía estará repartida. El Estado-nación no debe desaparecer, sino solamente abandonar su pretensión de ser el único que ostente el poder soberano y el objeto principal de las vinculaciones políticas. Diferentes formas de asociación política deben gobernar diferentes esferas de la existencia y comprometer en esa tarea diferentes aspectos de nuestra identidad. Sólo un régimen que disperse la soberanía hacia arriba y hacia abajo a la vez puede combinar la potencia requerida para rivalizar con el mercado mundial y la diferenciación necesaria para una vida pública que aspire a pro-mover la participación consciente de sus ciudadanos».

Tomado de *El Manifiesto*

Breve nota sobre símbolos históricos

Francisco Caballero Leonarte

La demolición del monumento a Onésimo Redondo

No podíamos esperar otra cosa. Esta es la cosecha del rencor y del odio que se ha ido sembrando durante mucho tiempo en la conciencia de los españoles. No sirve de nada el razonamiento y el sentido de la equidad.

Ha llegado la hora de dar rienda suelta a los bajos instintos. Pero que nadie se engañe, eso no sería posible sin la preparación previa de una población a la que han dejado sin identidad nacional y sin norte.

En esta ocasión los «talibanes» han puesto sus ojos en Onésimo Redondo; pero si no existiera éste ya hubiesen buscado otro símbolo a destruir. La imagen del otrora llamado *Caudillo de Castilla*, molestaba a los «demócratas» porque les recordaba constantemente el deseo de conciliación entre los valores espirituales (Dios y Patria) con los afanes de justicia social, el deseo de superación de la lucha de clases por medio de una empresa común que uniera a todos los españoles y, eso, precisamente eso, es lo que intentan impedir los iconoclastas de hoy. Se

creen que por destruir los símbolos pueden cambiar la historia y el sentido de una derrota militar e ideológica. Es decir, puro revanchismo.

Hace pocos años realicé un viaje de recorrido histórico por Rusia y, encontrándome en Novgorod, pude observar una monumental estatua de bronce dedicada a Vladimir Ilich Ulianov (Lenin). Un tanto extrañado le pregunté al guía que conducía nuestro grupo: «¿Cómo es posible



que en la Rusia de hoy, que desea olvidar los tiempos oscuros del comunismo y buscar nuevos ámbitos de libertad, pueda haber en un parque público un monumento colosal dedicado al padre del comunismo soviético?». El guía me escuchó atentamente y, acto seguido, me respondió con toda naturalidad: «esta estatua está aquí porque es historia, forma parte de la historia de Rusia».

Inevitablemente esa respuesta me hizo pensar que eso sería inimaginable en la España de nuestros días. Nuestros gobernantes no saben, ni quieren saber, de historia ni generosidad.

Sin embargo, paradójicamente, los políticos que nos gobiernan, en cuanto tuvieron ocasión, no se recataron en erigir monumentos y dedicar plazas, calles y avenidas, a los que crearon y alentaron el «Frente popular» de triste memoria, y ahí tenemos las estatuas dedicadas a Largo Caballero e Indalecio Prieto, en Madrid. Por no citar más que dos ejemplos.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

Iberoamérica: La guerra nuestra de cada día

Carlos Alberto Montaner

A cabo de desarrollar un breve curso sobre el tema en la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala. No conozco otra institución tan comprometida con la libertad económica y política. Impresionante.

En la esquina neopopulista del ring comparecen, a la izquierda, el padre Marx, el estatismo, el clientelismo, la Teología de la liberación, la Teoría de la Dependencia, Eduardo Galeano, Che Guevara, Ernesto Laclau, Hugo Chávez, Evo Morales, Fidel Castro, «todos revolcaos», más el caudillismo, el gasto público desbordado, la ALBA, el Socialismo del siglo XXI, el Foro de Sao Paulo y un tenso etcétera con el puño cerrado y la consigna callejera a flor de labio.

En la esquina liberal se encuentran, el padre Adam Smith, Mises, Hayek y los Austriacos, Milton Friedman y el mercado, James Buchanan y la Escuela de Elección Pública, Douglass North y los institucionalistas, la responsabilidad individual, la empresa privada, el estado de derecho, la ALCA, el comercio libre y global, los Tigres de Asia, la exitosa reforma chilena, Ronald Reagan, Margaret Thatcher, Mario Vargas Llosa, el estado pequeño y eficiente.

Este eje de confrontación es relativamente nuevo.

El siglo XIX fue el de liberales a la antigua usanza contra conservadores, también de viejo cuño. El XX vio, primero, la batalla entre las supuestas virtudes de la hispanidad frente a los defectos de los anglosajones (el Ariel de Rodó y las conferencias encendidas del argentino Manuel Ugarte). La revolución mexicana de 1910 se cocinó en esa salsa antiimperialista.

A lo que siguió la aparición del marxismo y del fascismo, primos hermanos que acabaron pareciéndose mucho. Los años veinte fueron los del psiquiatra argentino José Ingenieros, con alma y paraguas rojos, y los de José Carlos Mariátegui y sus Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.

Poco después, en la Italia de Mussolini un joven militar argentino observaba con admiración la experiencia fascista. Se llamaba Juan Domingo Perón y a su regreso a Buenos Aires puso en marcha su «Tercera vía». Ni comunismo, ni capitalismo: justicialismo. O sea, peronismo puro y duro. Era la expresión criolla del fascismo.

Tras la Segunda Guerra, inmediatamente vino la Guerra Fría. Antes y durante, América Latina se llenó de espadones santificados por Washington. El eje de confrontación pasaba entonces por los cuarteles contra los comunistas, o todo lo que oliera a ellos.

En esos años cuarenta se abrió paso otra fuerza: la izquierda democrática. Comenzaron a triunfar en Guatemala (Juan José Arévalo), Costa Rica (José Figueres), Cuba (Carlos Prío), Venezuela (Rómulo Betancourt), y Puerto Rico (Luis Muñoz Marín). Eran demócratas anticomunistas que procedían de la izquierda. Luchaban contra el militarismo desde posiciones anticomunistas.

Constituían, además, una dulce variante vegetariana del populismo. Creían en el estado benefactor paternalista, y no rechazaban las medidas estatistas. En el campo económico reinaba su majestad Lord Maynard Keynes y los políticos utilizaban el presupuesto nacional y el gasto público para impulsar la economía. Maravilloso. Estaban intelectualmente legitimados para dilapidar fortunas. Simultáneamente, distribuían las rentas y ejecutaban reformas agrarias que casi nunca lograron sus objetivos.

En 1959 volvió a cambiar el signo de la lucha. Fidel y Raúl Castro, junto al Che Guevara, con la inocente ayuda de otros grupos democráticos, derrocaron la dictablanda militar de Batista, con el objeto de establecer una dictadura comunista calcada del modelo soviético. Se proponían, fundamentalmente, destruir los gobiernos de la izquierda democrática, definiendo al adversario por sus relaciones con Estados Unidos y con la propiedad.

Si eran pronorteamericanos y promercado, aunque fueran de izquierda y respetaran las libertades, eran enemigos. Cuba atacó a Uruguay, Venezuela, Perú, Panamá, a todo lo que se moviera o respirara. También, claro, a los viejos dictadores militares como Somoza, Trujillo o Stroessner, pero no por tiranos, sino por proamericanos y procapitalistas. La isla era «un nido de ametralladoras en movimiento». Estados Unidos se sumó a la guerra y en 1965, en medio de una guerra civil, desembarcó marines en República Dominicana para, decían, «evitar otra Cuba».



Con Allende en 1970 se inició el peligroso juego de la democracia autoritaria y terminó a tiros tres años más tarde. Pinochet, que era un hombre de Allende, o eso creía D. Salvador, acabó bombardeándolo. Sin embargo, como el general no sabía una palabra de economía, les entregó esas actividades misteriosas a unos jóvenes chilenos graduados de las

Universidades de Chicago y de Harvard. Pronto comenzaron a darle la vuelta a la situación.

Era la primera vez que en América Latina se oyó hablar de Friedrich Hayek (Premio Nobel en 1974), o de Milton Friedman (1976). A mediados de los años ochenta era evidente que el populismo había hundido a América Latina en un charco de corrupción, inflación y gasto público irrefrenable. La región había fracasado. Se habló entonces de la «década perdida».

Surgió así el primer ciclo liberal de América Latina. Sus principales protagonistas procedían de otra cantera ideológica, pero eran personas flexibles e inteligentes. Entre otros, incluía al boliviano Víctor Paz Estenssoro, que regresaba al poder en 1985 a enmendar los desaguados de 1952; el tico Oscar Arias, el argentino Carlos Menem, el mexicano Carlos Salinas de Gortari, el colombiano César Gaviria y el uruguayo Luis Alberto Lacalle.

Más que las convicciones liberales los movía la certeza del fracaso populista. Desgraciadamente, las acusaciones de corrupción contra Salinas y Menem, más el aumento desmedido del gasto público en Argentina, desacreditaron aquella reforma liberal y los enemigos comenzaron a atacar eficazmente «la larga noche neoliberal».

En 1999, finalmente, comenzó a gobernar Hugo Chávez y se inició otra fase de democracia autoritaria. Ésta que ahora llega a su fin, hundida en la miseria, el desabastecimiento y la corrupción, dándole paso al nuevo ciclo de la democracia liberal, acaso iniciada con la victoria de Mauricio Macri en Argentina. Esperemos que dure.

Tomado de *DiarioExterior*

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

El mendigo del perro

Arturo Pérez-Reverte

Lo conozco desde hace muchos años, siete u ocho por lo menos, un día en el que pasé por su lado y lo vi de pie junto a sus habituales cartones cerca de la Plaza Mayor de Madrid, interrogando a la gente que pasaba. Me han quitado a mi perro, decía angustiado. Lo dejé aquí para ir ahí enfrente, y ya no está. Alguien se lo ha llevado. Y lo tengo con vacunas y con todo en regla. Su zozobra era auténtica, sincera, así que me detuve e hice lo que pude por ayudarlo. Preguntamos por la zona, hablé con unos guardias municipales. Después tuve que irme, tras intentar tranquilizarlo. Ya verá como aparece, le dije. Si lo hubieran atropellado, se sabría. Seguro que está por ahí cerca, rondando a alguna perra, o viviendo un poco su vida. Y los guardias han prometido ocuparse de eso. Me fui sin poder olvidar su gesto desesperado, ni sus últimas palabras: «Es mi compañero, no podré dormir hasta que lo encuentre». Volví a pasar por allí dos o tres días después, y el perro –un chucho negro, grande y apacible– estaba allí con él, como si tal cosa. «Lo trajeron los guindillas –dijo–. Se lo había llevado un hijo de puta».



Desde entonces, cada vez que paso por el lugar donde suele estar sentado sobre sus cartones, a menudo leyendo algún diario arrugado o un libro muy ajado y de páginas amarillentas mientras

el perro apoya el hocico en sus piernas, me detengo a charlar un rato con él. Luego suelo darle un billete de cinco o diez euros, según los días. Para el pienso del chuchó, digo, procurando así no ofenderlo y que lo acepte con naturalidad. Y él se lo guarda sin decir nada y me estrecha la mano. No sé si bebe, pero nunca lo he visto hacerlo, ni trazas de eso. Es un hombre inteligente y educado, sobre los cuarenta años largos, que tuvo una vida anterior muy distinta, de la que sin embargo nunca habla. Tampoco le he preguntado jamás cuál es su nombre, ni él me lo ha dicho. Lo llamo amigo y él me llama don Arturo. Conversamos sobre la calle, el frío del invierno y el calor del verano, el libro que está leyendo o los ciudadanos que hacen cola en el cajero automático que tiene cerca. A veces sale el tema de la política y los políticos –«Son todos iguales, don Arturo; gente que no tiene perros, y se les nota»–, y hace un par de años tuvo una frase gloriosa. Fue cuando los indignados tenían tomada la Puerta del Sol y aquello era una verbena, con todos los mendigos de Madrid sumados a la fiesta, confraternizando entre litronas. Le pregunté cómo era que no iba también allí, que estaba a dos pasos, y respondió muy serio: «Ahí no hay más que chusma, así que vamos a no mezclar». Y otro día que anduve por allí con Darío Villanueva, director de la Real Academia, me detuve como siempre a saludarlo; y al día siguiente, cuando pasé de nuevo, me dijo, orgulloso «Ayer fue demasiado, don Arturo. Dos académicos parados delante de mi perro y mis cartones».

En los últimos tiempos estuve una temporada sin verlo por allí. Ni perro, ni nada. Desaparecido. Me extrañó, después de tantos años. Pensé que había cambiado de sitio, o de ciudad. Y lo eché de menos, pues aquel lugar de la calle no era el mismo sin él. Hasta que al fin, hace pocos días, una tarde a última hora, yendo a cenar a la Taberna del Capitán Alatraste de mi amigo Félix Colomo, lo vi de nuevo. El mendigo estaba de nuevo en el sitio de siempre, leyendo sentado sobre cartones con las piernas cruzadas y el perro lamiéndole una mano a lengüetazos. Me paré a saludarlo, gratamente sorprendido. Se puso en pie y charlamos un rato. Había estado de viaje, dijo. Cosas de familia. No quise indagar, por miedo a ser indiscreto; pero él, tras pensarlo un poco, dijo: «Fui a ver a mi hija». Debió de verme cara de sorpresa, porque tras un silencio añadió. «Hacía muchos años que no la veía, y ahora ha cumplido los dieciocho». Lo dijo de una forma extraña, casi confidencial, con un eco de ternura que nunca le había yo advertido en la voz. Y qué tal fue el encuentro, pregunté. Se quedó callado otro instante. «Salió bien –dijo al fin–. Mejor de lo que pensaba, porque la verdad es que fui con miedo. Me gasté lo poco que tenía, pero valió la pena». Y entonces, tras una breve indecisión, sacó una cartera mugrienta, y de ella una fotografía que puso en mis manos: una chica jovencita con la cabeza apoyada en el hombro de un individuo al que apenas reconocí: afeitado, limpio, con el pelo peinado hacia atrás, una camisa bien planchada y en la boca una sonrisa que nunca le había visto antes. La del hombre que fue, supuse; la del que por unos días había vuelto a ser junto a su hija. «Es guapísima», comenté, devolviéndole la foto. Y él asintió sereno, orgulloso, mientras volvía a guardarla en la cartera.

Tomado de *XL Semanal*

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.